

C A R L A M A D E I R A

T O D O

E S

R Í O

Traducción del portugués por Brenda Ríos

Ella me preguntó cuánto la amaba.
Puse en un vaso todos los humores vertidos:
sangre, semen, lágrimas.
Te amo tantos ríos.

Capítulo 1

Puta. No hay otro nombre para Lucy. De profesión eso es lo que era, puta. Trabajaba en un burdel, vivía en un burdel. Sin embargo, no sólo por eso era puta. Si hubiera sido sólo por eso, tendría otros nombres más respetuosos, como meretriz o prostituta. Era una puta y ya, palabra que así, a secas, carga un insulto, y quienes conocían a Lucy inmediatamente querían soltarlo. Tenía una forma vil y arrogante de provocar a todo el mundo, frotando su sexo sin censuras, enseñando sus senos y profiriendo palabras crudas encharcadas de lodo. Una belleza que los clientes habituales se disputaban a golpes y le daba a ella el poder de no ser suficiente a los ojos: quien fuera que viera a Lucy, la quería probar. Dicen que sabía hacer hasta lo que no con un hombre en la cama. Enloquecía a cualquiera que pasara por sus manos. No había uno solo que no quisiera más.

Lucy tenía voluntad, no aceptaba la lástima de nadie, repelía con sadismo a las señoras cristianas que le ofrecían algo de bondad. “Yo practico el gozo, no el

sufrimiento”, humillaba. Se la pasaba diciendo que de ese burdel y tal vez de todos los demás burdeles del mundo, ella era la única puta a la que se le podía decir mujer de vida fácil. “¿Quiere una vida más fácil que la mía, una puta a la que le gusta coger?”.

Para toda la ciudad eso era una provocación sin precedente, cualquier persona de bien tolera a las putas, a condición de sentir lástima por ellas. Lucy, demasiado dueña de sí misma, privaba a las mujeres de familia del ejercicio de la compasión. Eso provocaba profundos deseos de infierno. Las señoras más respetadas se unían para exigirle a Dios que le hiciera difícil su vida fácil. Se creían con el poder de juzgar y condenar a la indecente.

Muchas de esas señoras tenían en la casa esposos que presenciaban mudos la ira en contra de Lucy. Entre más aumentaba la rabia de éstas, más crecía la reputación de Lucy. Los hombres se enfermaban de una curiosidad científica por ella, vulgarmente conocida como obsesión. Se enfilaban, dispuestos a cualquier migaja. Y como el hambre hace más por la cocinera que los condimentos, la puta más ordinaria del mundo gozaba de una reputación de preciosidad, cobrando caro todos los días.

En ese vaivén de todo lo que es color, pertenencias y credos, cuesta creer que Lucy se haya enamorado perdidamente justo de Venâncio, el esposo de Dalva. Venâncio frecuentaba la Casa de Manu cuando atravesaba el desierto de estar solo. Un hombre triste, apesadumbrado, que cargaba consigo un tormento abismal. Manos de carpintero marcadas por los erro-

res de los martillos y serruchos, y ojos profundos de abismos por dentro. Pues bien, fue ese tipo, alejado de cualquier vanidad, sudado y maltratado, que Lucy veía sin interés y con algo de aversión, el que terminó suscitándole una pasión desmedida, de esas color rojo sangre, tormentosas, que sólo una puta difícil sabe permitir.

La historia de ambos empieza sin ninguna novedad, la bobería de siempre, gustar a quien no le gustamos. Todos querían a Lucy, hacían fila, buscaban pelea, gastaban oro, hacían todo por el placer de restregarse con ella. Menos Venâncio. Ése llegaba a la zona roja y se acostaba con cualquiera, sin darse cuenta de la disputa. Ella se ofrecía, él la rechazaba. Era un *no* con voz inequívoca, no de promesa, jurado en el silencio de las entrañas. Nadie le sonsacaba el motivo.

Y dado que quien no sabe, inventa, la intriga se ensanchó en la boca del mujerío: todas las demás querían saber por qué Venâncio no se acostaba con Lucy. El poder incuestionable de la puta segura de sí misma estaba al borde del descrédito. El caldo grueso de la envidia se derramó y el tema llegó a los oídos de la rechazada.

Y bueno, con eso bastó. Lucy abrazó el desafío, no importaba el costo que tendría que pagar para poner a Venâncio dentro de ella. Cuestión de honor, la condición para callar la boca de las despechadas y mantener su fama a la altura de lo que era capaz de hacer en la cama. Del fondo del alma a la superficie de la piel, de la punta de los dedos a la punta de los vellos, desde adentro y desde afuera, donde Lucy existía no había

un espacio, por más mínimo que fuera, que no sustentara la certeza más absoluta de que iba a ser fácil llevar a un hombre abatido como él a la cama.

Capítulo 2

Doralda, Rosa, Margarida, Lucíola, Madalena, quien fuera a venir esa noche, no importaba. Venâncio esperaba a la que fuera y de ellas no esperaba nada. Solamente rechazaba a Lucy. Quedó sorprendido la primera vez que ella irrumpió en su habitación, y casi incapaz de actuar, ya había dicho un no en el salón, hacía unos días, y pensó que con eso sería suficiente. No lo fue. Cuando ella llegó sin que se le invitara, traía el olor de la saña. Poderosa, se quitó la ropa, prenda por prenda, mirando por encima de la nariz hacia abajo, hacia Venâncio, sentado en la cama, presenciando todo desde su lugar. Paralizado.

Quedó desnuda, vello y piel, acercándose poro a poro muy de cerca, ofreciéndose a que la montara. Lucy tenía un cuerpo indecente, que invitaba a gritos a lenguas y manos. Él sentado, ella de pie; entre el ombligo y sus vellos, los ojos de Venâncio. “Vamos, hombre, hoy quiero que me cojas, ven a probar mi sabor con tu boca. Aprovecha que me mojo mucho. Tienes suerte, estoy demasiado buena”.

Venâncio se quedó inmóvil, evaluó, mientras Lucy describía sin modestia su competencia. Entre más hablaba ella, más escuchaba él lo que no quería. Cuando abrió la boca, fue un punto final sin apelación. “No, no quiero, muchacha, guarda toda esa ricura para tu fila de babosos, a mí me gustan las putas que cogen mal”.

Lucy, desprevenida, recibió la patada, quiso golpear a Venâncio, exigirle obediencia. Apeló. Le dijo que se metiera en el culo todas las cosas que tienen nombre y salió echando el fuego que no encendió en él, pero al día siguiente volvió. Y luego, volvió a regresar, eran días que agotaban semanas que se volvían meses empujando la vida.

Cada noche se quitaba la ropa de una forma distinta, a veces sólo la parte de arriba, otras sólo la de abajo. Lento, rápido. Se mordía la boca, jugaba con los dedos, expresaba los ojos. Se ponía de frente, de lado, a cuatro patas, exhausta. Después de algún rato, Venâncio, hastiado, la sacaba sin satisfacer ni siquiera un poco su apetito. Lucy canceló la fila, juró que no se acostaría con nadie más mientras no fuera mujer para Venâncio. Y así fue como se fue dando la cosa, sin otro pensamiento más que esa idea acorralada. Lucy se atrofió, disminuyó en tamaño por la angustia de no tener nada más que inventar, dudó de todas las certezas que tenía.

Hasta que un día, un modo de proceder derribó un muro y amenazó la distancia entre ellos. Lo que ella hizo, sin saber qué hacía, provocó en Venâncio una emoción aguda, sus ojos se llenaron de un agua triste,

turbia como el agua que fluye por un caño donde nada pasaba hacía mucho tiempo y que expulsa con ella una vieja suciedad, un antiguo abandono demorado. Aquel hombre maltratado era dueño de una belleza que la desgracia escondió bajo su capa gruesa de hostilidad. En ese momento donde lo opaco ganó transparencia, dejó ver lo que había sido.

Capítulo 3

Venâncio y Dalva se casaron enamorados. Perdidamente. Quien los veía le pedía a Dios la misma suerte. El amor tiene nombre, pero no es algo que podamos reconocer con sólo mirarlo. El dolor sí sabemos qué es, tiene tal lugar e intensidad que cabe en la ciencia. La rabia, el miedo, el odio deforman la cara de modo evidente. ¿Pero el amor? ¿Qué es sino una montaña de *gusto*? Gusto por hablar, gusto de tocar, gusto de oler, gusto de escuchar, gusto de mirar. Gusto por abandonarse al otro. El amor no es más que un gustar de muchos verbos al mismo tiempo. En el caso de Venâncio y Dalva, el gusto de cada sentido los unía a ambos para más de muchas vidas, parecían eternos de tan unidos. Uno saboreaba al otro. Vivieron así irrigados por mucho tiempo, hasta que Dalva se embarazó. Parecía ser una buena noticia, el amor dando fruto, cosa más sagrada la suma de los dos, la perfección de la naturaleza que providencia la continuidad de todo. Eso era lo que debían sentir y se quedaron mucho tiempo intentando hacer lo que debían. Insistieron en la tontería de po-

ner en su camino la ruta de los demás. Y resultó en lo que resultó. ¿Quién puede negar, en la mirada más honesta, que, dada la compenetración perfecta, no sobre espacio para nada más? La forma en que el uno se unió al otro era demasiado estrecha. Venâncio, al ver crecer el vientre de Dalva, vio crecer en él unos celos enfermizos. Pero ya era tarde, no dirigía el curso del río. Estaba hecho.

Dalva ya quería a aquel hijo más que a cualquier otra cosa. Pensaba en él, hablaba de él, entregaba sus manos a su vientre y de él no se despegaba. Era cunita para acá, bordados para allá, largos baños enfocados en su propio ombligo, tardes enteras cantando canciones de cuna con una voz boba, de esas que los adultos hacen cuando creen cautivar a los niños. Empezó a evitar a Venâncio por miedo a lastimar al bebé, miraba más al espejo que a los ojos de Venâncio y fue alimentando en él la más profunda convicción de que en aquel vientre crecía un ladrón que le robaría para siempre a la mujer de su vida.

La locura empieza como la enfermedad, diminuta. Se va extendiendo célula por célula ocupándolo todo, destruyendo la salud, acabando con la vida de quien no encuentra la forma de detener los malos pensamientos, creadores de los más profundos infiernos. El pensamiento suelto, insistente y amargo construye y anticipa la desgracia, es cruel en su forma de destruir.

Ese día, Venâncio pudo haberse ido, ya estaba allá fuera, en el portón, cuando reparó en su vejiga llena y pesada. Se regresó a orinar. Durante los últimos años, el recuerdo de ese segundo, el momento exacto en el

que decidió volver, provocaba en él una angustia sin alivio. El hijo había nacido en la mañana; cuando él entró en la habitación, Dalva le estaba ofreciendo el pezón de su pecho al niño. Los ojos de Venâncio se detuvieron ahí, sintió un dolor de infidelidad, traición, su nuca se calentó a punto de casi desmayarse. Ella ponía en la boca del niño el pezón del pecho que era de él, el pezón, erizado y desnudo, estaba ahí, entumecido, listo, sin que él lo hubiera excitado.

La boca del nene buscaba ansiosa el pecho rebo-sante y húmedo queriendo chupar, tragar todavía sin saber nada. El pezón se doblaba al pasar en la pequeña boquita, queriendo que ésta lo agarrara. Dalva se entregaba a una emoción única, de la ternura más con-movedora. El momento de ella y del hijo cegó a Venân-cio con una locura absurda. Arrancó al niño de sus brazos y lo arrojó lejos. Golpeó a Dalva, la golpeó y la golpeó. Le dio una paliza.

Capítulo 4

Dolor.

Capítulo 5

Junto con el dolor, el silencio. Denso, ácido. Estancado. Un silencio de vidrio molido que despellejaba el cuerpo por dentro. Un desespero, nada por venir. Dalva dejó de hablarle a Venancio. No lo volvió a mirar, consideró que ya no estaba vivo, ignoró su presencia. Ninguna reacción. Ni cuando él lloró, ni cuando se quedó sin comer, ni cuando dejó de lavarse, ni siquiera cuando amenazó con matarse, ni cuando haciéndose el valiente le escupió en la cara, la sometió y amenazó con una nueva paliza, prometiendo muerte, muriendo abatido por lo que no podía ser deshecho. Nada. Le suplicó sincero, desconsolado, y ella ni una mirada, ningún perdón posible.

En las primeras semanas, Dalva no comía, no bebía, no encendía la luz, se moría un poco cada día. Se levantó después de una larga visita de luto de su mamá, salió de la casa sin dejar rastro y, para desesperación de Venancio, volvió hasta el atardecer del día siguiente. De ese día en adelante, empezó a salir todas las mañanas. Caminaba lenta, flaca, con los

hombros encogidos de quien se rindió. Nadie sabe con exactitud a dónde se iba. A la hora más triste de la tarde, cuando la saudade parece apretar el corazón del mundo, Dalva se regresaba a la casa. Dicen que la tristeza de esa hora se encuentra en las entrañas de la gente, infiltrada en nuestras porciones mínimas desde hace milenios. Nació del infinito temor al anochecer, la hora en que las mujeres desconocían si sus hombres regresarían vivos de la caza. Muchas veces no regresaron. Perder amores es oscurecer por dentro, una memoria del cuerpo que el atardecer evoca cuando tiñe el cielo de rojo. Para quien está solo después de haber amado, el final del día es muy triste. Era a esa hora que ella regresaba.

Dalva vivía cerca de la Casa de Manu, el burdel de la ciudad, y, mientras hacía su caminata de todos los días, pasaba justo en frente de la puerta de las putas. Una entrada fresca, donde siempre una mujer o muchas se relajaban dispersas, medio desnudas, en el piso helado, entregadas a los muros bajos, tumbadas y perezosas por la noche animada, huyendo del sueño y del calor de los días.

Del otro lado de la calle, la banqueta estrecha recibía al sol histérico, claro y caliente, friendo a cualquiera que pasara por ahí y, sin embargo, era por ahí donde se daba el movimiento de la calle. Del lado de la sombra, pocos se atrevían a pasar, era casi lo mismo que entrar en la Casa de Manu y, a la luz del día, un pudor inhibido aconsejaba menos familiaridad. Todo tipo de pensamiento hacía que el lado del sol fuera el más prudente: ser reconocido, ver el pecado a los ojos,

tener ganas durante el día, miedo de enfermarse, ver putas de cerca como si las putas no fueran personas.

Otro miedo prudente mantenía casi vacía la banqueta cubierta de sombra, y ése era ser el blanco de burlas, porque las putas juntas son valientes, jocosas, hablan fuerte y, en la lentitud caliente de las horas en las que no hacen nada, una buena carcajada a costa de algún transeúnte distraído les daba a las jóvenes más diversión que la locura de las noches volteadas.

Si la distraída era una beata, el escarnio se volvía aún más divertido. Las putas y las beatas no se llevaban, ni por principios, ni por los finales. Para las putas, a Dios le basta un corazón puro, las demás partes pueden ser cochinas. Para las beatas, cualquier cochinada del cuerpo contamina el corazón. Una guerra santa y consistente.

Pero a Dalva no la confundían con una beata, aunque sospechaban que ella arrastraba un cuerpo sin placer buscando una iglesia. Las putas parecían adivinar su dolor. Cuando ella pasaba, todos los días, por ahí, podían ver el abandono caminando, se quedaban calladas, pensando en ellas mismas. Todo aquel peso tenía un poderoso eco en el silencio sudado y lleno de olores que rodeaba a cada una de ellas.

Dalva nunca miró hacia la entrada, aunque fuera por el camino de la sombra. Pasaba con la cabeza en alto, mirando de frente, no a manera de orgullo o por la fuerza de algún juramento, sino porque no le importaba nada más que ir hacia donde estaba yendo. Cargaba su cuerpo pesado de tristeza, y eso era todo lo que parecía estar haciendo. Las putas estaban cons-

cientes de que ahí no se podía meter mano, sabían por experiencia propia que no se debe aumentar un dolor inmensurable. Al final del día, cuando Dalva regresaba, quien reparara con mucha atención podría ver una mirada más serena en sus ojos, pero nunca nadie la notó, ni un poco.

Lo que las putas sabían sobre ella y Venâncio no concordaba, cosas dichas de oídas, de boca en boca. La historia de cada una de ellas siempre se mezclaba con la forma en la que cada una contaba la historia del amor de Dalva y Venâncio. Soñaban juntas. Algunas de ellas se acordaban de haber visto a Dalva y a Venâncio caminando enamorados por la ciudad. Se acordaban de lo que fácilmente podrían haber olvidado después de tanto tiempo, porque se les había antojado un amor como aquél. Amor de libro barato, ¿quién no quiere? Amor que no se ve en la vida de las putas, ni en la de las beatas y mucho menos en la vida ordinaria de quien piensa tener que elegir entre una cosa u otra.

Ante el amor, algunas putas realmente tienen ganas de volver a nacer, como si no hubieran tenido derecho a él. Ésas le pusieron más atención al amor de ellos dos. Se fijaron, por ejemplo, en Dalva y Venâncio comiendo broa¹ caliente en la panadería. Ella se quemaba

¹ N. de la T.: La *broa* es un tipo de pan de maíz elaborado tradicionalmente en Portugal y Brasil, donde se suele condimentar con hinojo. La *broa* se hace con una mezcla de harina de maíz y harina de trigo o centeno, que se eleva con levadura natural en lugar de química. Este pan tiene un sabor y textura rústicos que lo hace adecuado para acompañar sopas.

la lengua, llena de gracia, como si recogiera flores, y él le daba besos mojados como quien sopla el dedito quemado de un niño. Conservaron las veces en las que ellos se mojaron en la lluvia juntos y las veces en que se acomodaban la ropa interior el uno del otro, frente a quien fuera, sin fijarse en su entorno. Todo lo de la calle lo hacían juntos: comprar, reparar, pasear, y las tareas de la casa eran juegos de amor. Igual de hermoso que insoportable. Una antipática felicidad, inhumana con la soledad ajena. ¿Quién podía creer en un amor así? Para que nadie nunca, en ningún momento, se atreva a pensar que es la vida la que inspira los libros baratos, ella, la vida, siempre dispuesta a llevarnos hasta la muerte, revela, tarde o temprano, a gritos, su avaricia: la felicidad en demasía es una deuda que no se puede pagar. La cuenta llegará.

Como eran pocas las putas que se acordaban, pocas eran las que hablaban de eso. Y el silencio, con su vocación de fermento, engordaba todo tipo de fantasías. ¿Cómo es que ese amor se volvió dolor? Nadie sabía decirlo, pero respetaban la tristeza de esa alquimia, el destino no acepta burlas. Dalva pasaba, y las putas soñaban.

Capítulo 6

Cuando Lucy se obsesionó con Venâncio no sabía nada de él. Ni quién era, ni de dónde venía, o si tenía esposa o familia. No le importaba. Para ella, la historia de Venâncio empezaba ahí; el día en que ella comenzó a quererlo, él nació. En una ciudad pequeña, cuesta creer que alguien no se dé cuenta de que un mundo alrededor camina al lado. El otro existe. Pero no para Lucy, que sólo sabía de sí misma. Sabía lo que quería y quererlo era suficiente: “¿Crees que me quedo chupando el dedo cuando quiero comer guayaba?”, decía ella mientras se chupaba los dedos sin vergüenza, dejando a quien anduviera cerca convencido de lo que era capaz de hacer con aquella boca.

Al inicio, nadie se había dado cuenta de que Venâncio se convertiría en una cuestión de honor. Ni mucho menos que una cuestión de honor pudiera volverse una pasión obstinada. Nadie imaginaba que algo pudiera dominar a Lucy. Un hombre tan poco deseado por tanta gente, se volvió el único tema de su vida.

Cuando él se aferró al rechazo, y Lucy al temor de ser rechazada, fue que la existencia de Dalva salió a flote. Sólo de enterarse, Lucy clavó sus pies en la entrada todos los días, esperando a que Dalva pasara. Un ritual que muy pronto se volvió un espectáculo esperado.

El primer día, apenas la miró, agitada por dentro, dejando a los que estaban poner más atención en el presagio de lo que vendría. Miró con atrevimiento de abajo hacia arriba, sin percibir ningún dolor. Midió el pecho, vigiló las piernas, imaginó su culo desnudo. Un culo marchito, según sus cálculos. La cabeza en alto le pareció una provocación. No dijo nada, pero rumió. Se agrió por dentro. Siguió soplando con insistencia la chispa. ¿Cómo es que aquella mujer se atrevía a caminar por su banqueta? ¿A desfilarse en la sombra de su casa? ¿A ser la esposa del hombre que no quería saber nada de ella?

Esa misma noche, se metió en la habitación de Venâncio, sacó a la puta pegada a él, y decidió hacer lo que creía que él no podría rechazar. Puso la verga de Venâncio en su boca. Él agarró el pelo de Lucy como si estuviera a punto de rendirse a un deseo violento y se sacó de dentro de ella con fuerza. La tiró en la sala y agarró de vuelta a la puta que quería.

La fila ahí estaba, fiel. Fue testigo. Ver a Lucy expulsada de una cama era por demás novedoso. Algunos se pusieron inmediatamente a su disposición, otros enmudecieron y los que se arriesgaron a burlarse se arrepintieron. Lucy calló todas las bocas desabotando lentamente su blusa. Nadie sabía lo que ella

podía hacer. Ni un pío. Fue dejando que se le viera el pecho indecente, el pezón duro, y, viéndolos a cada uno a los ojos dijo, ya muy dueña del mundo: “Miren, mis amores, miren bien, ¿lo están viendo? Sientan esa cosa blanda despertarse entre sus piernas, ¿la sintieron?”. Lentamente se mojaba los dedos en la lengua y agarraba su propio pezón. “¿Están viendo lo que estoy haciendo, hacia dónde los puedo llevar? Miren cómo puedo llegar allá solita”. Con una mano manoseó su seno, la otra la metió entre sus piernas y se quedó ahí entregándose a un placer insolente hasta que gozó fuerte y claro. Los hombres estaban locos. Hasta las putas se excitaron. “Ustedes me van a querer para el resto de su vida, van a soñar con esto cuando se acuesten junto a sus esposas secas, oliendo a jabón cremoso, pero este olor aquí que meneas tus vergas, ustedes ya no lo volverán a percibir”. Llevó el dedo mojado de su propio caldo a la nariz de algunos y después chupó descarada sus propios dedos. “Hasta que ese hombre allá adentro me dé lo que yo quiero, esta panocha no va a divertir a nadie más”.

Lucy cerró la puerta de su habitación, dejando atrás una sala enloquecida. El deseo que ella esparció exigía alivio. Algunos hombres se metieron al baño, otros se disputaron las putas a precio de oro y los que sobraron corrieron a su casa, más molestos que resignados por tener que resolver tanto fuego con su propia mujer.

La noche fue un bagazo de caña atorado en la garganta de Lucy. Poseída por la angustia, tenía ímpetus de puñetazos. Quería ir a la entrada a esperar a que Dalva pasara. A esas alturas, ya no tenía duda de que

la culpa la tenía esa perra sufriente, con esa cara de quien no se mezcla. “¡Veamos quién es la mejor!”, gritó entrada la madrugada.